



## Capítulo 488: Ese tigre... ni siquiera estaba diciendo la verdad.

El tigre estaba saturado de energía. Con cada enfrentamiento entre Virgilio y el tigre, el bosque temblaba como si raíces antiguas intentaran escapar de la violencia. El rugido de la bestia resonó y Virgilio respondió con golpes que ya no eran suyos —eran lecciones robadas, adaptadas, refinadas. Con cada intercambio, el campo de batalla se convirtió en una etapa donde depredador y depredador se moldeaban mutuamente.

Vergil jadeaba y el sudor goteaba desde la frente hasta la barbilla. Su cuerpo ya no se sentía humano bajo su control: músculos vibrando sobrecargados, ojos afilados como cuchillas. Y, sin embargo, algo andaba mal. Él podía sentirlo.

El tigre, a pesar de su abrumadora presencia, no parecía estar luchando con todas sus fuerzas. Había una calma oculta en sus movimientos, como si simplemente lo estuviera observando, como un tutor paciente observando a un estudiante ansioso. Lo roía.

Con un salto final, Vergil abrió un arco con el Yamato, una energía azul plateado que atravesaba el espacio. El tigre retrocedió y el suelo tembló por el impacto. Vergil respiró profundamente y su cuerpo palpitaba.

"Basta," gruñó, con la voz profunda, impregnada de furia reprimida. Sus ojos se perforaron en los rojos de la bestia. "No te estás tomando esto en serio..."

La mano que agarraba la vaina tembló. "Revélate," exigió, con los dientes apretados.



El silencio que siguió fue asfixiante. El viento murió, los pájaros se quedaron en silencio. Incluso el susurro del bosque parecía contener la respiración. Luego, lentamente, la criatura que tenía delante comenzó a cambiar.

La silueta del tigre temblaba, distorsionada como el agua en el calor. Los músculos se contrajeron, los huesos cambiaron de forma y las rayas se disolvieron en velos blancos. El rugido se convirtió en un suave suspiro y pronto, donde una vez estuvo una bestia colosal, apareció una figura femenina.

Virgilio entrecerró los ojos y respiró con dificultad.

Ella se mantuvo erguida e imponente, como si el bosque mismo la hubiera formado. El vestido blanco esculpía su cuerpo como marfil, adornado con bordados plateados y velos translúcidos que brillaban como rocío a la luz de la luna. Cadenas plateadas y turquesas envueltas alrededor de su cintura y hombros, cayendo en adornos que brillaban delicada pero peligrosamente. Su largo cabello negro caía en cascada como una cascada de tinta hasta que casi tocaba el suelo, con los mechones bailando al viento que no existían.

A su cadera descansaba una espada con una empuñadura oscura y ornamentada, tan elegante como letal. Sus dedos largos y delicados lo tocaron como si sostuvieran algo que ya era parte de su cuerpo. Sus ojos eran serenos, pero tenían la misma intensidad depredadora que la bestia que había sido hace segundos.

Los ojos de Virgilio se abrieron por un momento, antes de que la ira se apoderara de él. "Estabas bromeando conmigo." Su voz era helada, pero temblaba de indignación. "Eres un guerrero."

La mujer sonrió, no cruelmente, sino como alguien que observa a un niño llegar a una conclusión obvia. Esa sonrisa irritó aún más a Vergil.



"Soy un tigre," dijo, con voz suave pero firme, con la misma gravedad que el rugido de la bestia. "Luché con mi forma original."

Levantó la mano y se alisó el brazo, observando las cadenas y adornos como si fueran irrelevantes. Luego miró a Virgilio, con los ojos parpadeando.

"Esto de aquí..." Tocó su vestido, su cabello, su piel pálida e impecable. "...es simplemente un regalo que recibí del bosque."

Vergil sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral. Su forma humana no era una farsa, pero tampoco una elección. Fue el propio bosque el que la había moldeado de esta manera, un eco de la antigua energía de esa tierra olvidada.

"Regalo" ..." Virgilio escupió la palabra con desprecio. "Así que eso fue todo. Mientras luchaba, mientras arriesgaba mi cuerpo para seguirte el ritmo... solo me estabas poniendo a prueba, como ver a un animal aprender a caminar."

Inclinó la cabeza y su largo cabello rebotó.

"No te equivocas", respondió ella sin dudarlo. "La fuerza no está en lo duro que golpeas, sino en lo mucho que soportas y evolucionas. Simplemente ofrecí aliento."

Vergil apretó los puños. El Yamato vibró ligeramente en su mano, como si respondiera a la furia de su dueño. El brillo frío en sus ojos ahora ardía.

"No necesito un tutor", dijo con voz profunda, como acero arrastrándose sobre mármol. "Si eres un guerrero, entonces lucha como tal."



La mujer volvió a sonreír, pero esta vez su mirada brilló con algo diferente. No condescendencia, sino interés.

"¿Realmente deseas esto?" ella preguntó, deslizando sus dedos sobre la vaina de la espada atada a su cintura. "Entonces que así sea, medio demonio."

Un tintineo metálico resonó cuando soltó la hoja de su honda. La espada, esbelta y elegante, brillaba bajo la luz filtrada del bosque. Su postura cambió: hombros rectos, pies colocados con precisión, la espada apuntando ligeramente hacia el suelo, como si hubiera dominado cien estilos antes incluso de levantar el brazo.

Vergil respiró profundamente. Su corazón latía acelerado, pero no por miedo. Fue emoción. Esto fue diferente. Una bestia que podría aplastar. ¿Pero un guerrero? Ella podría elevarlo.



Las energías se intensificaron. Su aura demoníaca, antaño instintiva y animal, ahora estaba perfeccionada, como un río salvaje transformado en una corriente precisa y controlada. Virgilio respondió con su propia energía, el azul cortante de su esencia se extendió por el suelo, rompiéndolo.

Titania, Zuri, Rize y Vanny observaron en silencio, todos tensos. El peso de este intercambio era insoportable, como si dos mundos a punto de colisionar hubieran elegido este lugar particular del bosque como su arena.

Vergil levantó el Yamato y la espada resonó en armonía con su furia.

"Ahora, muéstrame... tu verdadera fuerza."

Ella sonrió, sus labios rojos contrastaban con la perfecta palidez de su piel.



"Muy bien, estudiante impaciente. Let us dance."

Y luego los dos desaparecieron a gran velocidad.

El aire explotó con el choque de espadas. La espada de la mujer se movía como agua, fluida, adaptable, pero cada corte soportaba el peso de una bestia. Vergil respondió con precisión implacable, cortes limpios y nítidos, cada movimiento buscando desarmar, romper, destruir.

Pero ella era diferente del tigre. No hubo redundancia ni furia ciega. Cada uno de sus gestos era mesurado, como si hubiera tenido milenios de práctica. Virgilio se sintió presionado, no por la fuerza bruta, sino por el refinamiento absoluto.

"Ella estaba jugando conmigo..." pensó, furioso, pero también emocionado.  
"Esto... es un verdadero combate."



El bosque ardió con el intercambio. Los árboles fueron cortados por la mitad por golpes desviados, las piedras destrozadas por el mero choque de energías. Y en el centro, Virgilio y la mujer tigre giraban en un ballet de muerte, con sus espadas cortando líneas brillantes en el aire.

Con cada bloque, con cada resbalón, Virgilio aprendió más. Pero también sintió: ella todavía tenía capas. Ella no estaba peleando con todo.

Y lo consumió.

"¡REVÉLETE PLENAMENTE!" rugió, empujando con fuerza bruta, el Yamato brillando de un azul penetrante.



La mujer simplemente sonrió, esquivando con la facilidad con la que alguien se deslizaba entre los pétalos de las flores. "Tranquilo, medio demonio. Aún no has terminado de aprender."

